



CAPÍTULO IV

Para la heroica

DON Ildefonso González Anievas! gritó un vejete de cachucha hasta las cejas, leyendo un papel que alumbraba con una vela de sebo un mozo soñoliento.

— ¡Presente! grité, y me introduje en aquel horrible *in pace*, donde ya estaban acomodados otros seis desgraciados. Dos más penetraron, y la diligencia partió con mucho chillar de herrajes, quejido de cueros, dolor de maderas y blasfemias del mayoral, el sota y el muchacho.

Eran las cuatro en punto de la mañana, anunciadas por la gran campana de la catedral. El coche interrumpió el amable coloquio que sostenían en una bocacalle hasta cincuenta perros de todos tamaños y colores; iluminó el puesto de hojas á que se iban acercando ya algunos *crudos*

con el cuello levantado, las manos en los bolsillos y el paso vacilante; recogió el vaho de pan caliente que se escapaba de una casa y los *han-han* de los atareados panaderos; despertó á los gallos que lanzaron su belicoso *quiquiriqui*; rompió la escala cromática de un grillo que refería sus cuitas á la vieja que avanzaba con una olla de tamales en la cabeza, y se atrajo una mirada de la luna, que parecía más clorótica y moribunda después de aquella formidable trasnochada.

Recorrió el coche las calles oscuras y tristes, los arrabales en que toda picardía tiene su asiento y toda suciedad su propia habitación; pasó por la garita, que los alcabaleros abrieron tarde y de mala gana; se internó en una calzada de pirús y olmos, y salió á pleno campo.

La yerba estaba empapada de rocío; las florecillas campestres, como si fueran los ojos de la madrugada, parecían contemplar nuestro paso, y todo cobraba movimiento y frescura á la aproximación de la luz.

De pronto la diligencia dió la vuelta, y tras el recodo miramos la inmensa montaña, el Popocatepetl, cubierta de nieve que reverberaba al conjuro del sol como una gran masa de plata en fusión, y tras ella, cual rompiente de gloria que realzara aquella sublime epifanía, el resplandor del sol que ya se levantaba triunfante deshaciendo los celajillos de carmín y gualda que restaban del amontonamiento de nubes de la madrugada.

De los lagos se elevaba un vapor frío y denso, que apenas cortaba alguna chalupita veloz, ó alguna trajinera indolente y perezosa que caminaba con el vientre repleto de mercancías.

Ya en plena luz, pasé revista á todos mis compañeros de viaje, y me encontré con la reunión abigarrada que era de rigor en esos casos. No faltaban el par de frailes ventrudos que empezaban á dormir apenas se movía la diligencia; ni la pareja de señoras de respeto que tenían al marido ó al padre en ciudad distante y que se arriesgaban á correr las aventuras de un viaje; ni el señor cura fumador que echaba el humo de su tagarnina sobre los ojos de las gentes mientras rezaba el oficio divino y se limpiaba el sudor con un inmenso pañuelo de yerbas.

Pero quien sobresalía en la reunión era un viejo de faz espantable, que se sentaba cerca de mí, tocando sus rodillas con las mías y mirándome con su único ojo, pues aquel monstruo tenía un ojo tuerto y el otro no muy sano. En el lugar que el ojo ausente debía ocupar mostraba una cavidad rojiza en que la carne viva hacía el efecto de una herida recién abierta. La huella de otra herida le cogía desde la frente hasta la barba, dándole el aspecto de un demonio pillado en el instante de hacer alguna trastada, y una barba hirsuta y espantable que parecía un terreno lleno de *cuamiles*, completaba aquella singular fisonomía.

Vestía largo y holgado levitón, sombrero de alas revi-

radas, chaleco con botones de cristal, pantalón color de romero y zapatones de becerro. Era manía vieja en el vejete, según parece, extender cuan largo era un gran pañuelo rojo que tremolaba á guisa de estandarte, haciéndolo aprobar cuando aprobaba, denegar cuando desaprobaba, y aplaudir y mostrarse contento cuando salían de su gusto las cosas que se decían.

Todos guardábamos respetuoso silencio mirándonos mutuamente, cuando el de lo rojo rompió el fuego, diciéndome con ademán confianzudo:

— Parece que el tiempo aclara, y si así es, tendremos días preciosos en Jalapa.

Nada le respondí; pero muy terne prosiguió él:

— Buena tierra ésta; vea usted cómo se multiplican los árboles en el monte. ¡Lástima que sirvan de abrigadero á los ladrones y gente mala!... Río Frío es ya tan famoso como Ayotla, la Cruz del Marqués y otros lugares donde se roba en grande.

Sabiendo que yo marchaba á Europa, celebró mi buena idea.

— ¡Conque á extranjs! Bien pensado; mientras aquí las gentes se rompen la cabeza, usted se da sus verdes con sus azules en aquellas Europas de Dios. Yo conozco mucho aquello; cabalmente el día que coronaban á S. M. Luis Felipe llegaba yo á París. Aquello es lujo, y vestirse, y darse la gran vida. A los pocos días que el rey subió al

trono me presentaron con él, y por cierto que hice una cosa buena, con que le demostré que poco se me daba de randibús monárquicos: llegué, le tomé la mano, se la estreché, y á vivir.

Todos se rieron ante aquella muestra de desparpajo, y le preguntaron qué había hecho el rey.

— ¿El rey? Nada, reirse. Quienes se incomodaron fueron los grandes, chambelanes, ayudas de cámara ó no sé qué, que me vieron como un criminal.

Y así siguió ensartando sin cesar, hasta llegar á marearnos. Conocía á todo el mundo, había hablado con todo el mundo, todo el mundo le consultaba, sabía detalles secretos acerca de historia antigua y moderna: los móviles de los planes, la causa de los tratados, la razón de las enemistades y de los arreglos entre los grandes eran para él cosas perfectamente averiguadas.

Había tratado á Iturbide, conocido á Guerrero, tutelado á Santa Anna, regañado como un chiquillo á Gómez Pedraza. ¡Jesús, las agarradas que había tenido con don Lorenzo Zavala, las advertencias que había hecho á Bustamante, los reproches que había dirigido á Comonfort! No había mujer á quien no hubiera visto y á quien no le hubiera hecho el amor: la güera Rodríguez, la Calderón, la Sontag, doña Melchora, todo el mundo pasaba y repasaba en sus relatos, con traje de casa y traje de corte, alegre ó triste, displicente ó comunicativo, excéntrico ó



D. LEÓN CIENFUEGOS

buen chico, con señales, arrugas, cicatrices, voz y carácter.

Aquel hombre era el yo en toda su chocante desnudez, exhibiéndose viniera ó no viniera á cuento, al grado que no había habido de cuarenta años atrás batallas, duelos, amoríos, fiestas, diversiones, muertes ó conspiraciones en cualquier lugar del actual, del antiguo ó del futuro territorio, que él no hubiera visto y juzgado: parecía que los sucesos no esperaban para efectuarse sino la presencia de don León Cienfuegos y Guerrero, que así se llamaba el viejo.

«Estábamos el día de la batalla del Gallinero...»
 «Cuando el pronunciamiento de Urrea, me encontraba en unión de Bustamante...» «Cuando vimos la estatua de Carlos IV Azanza, la güera Rodríguez, el barón de Humboldt y yo...» Humboldt, me pidió datos sobre Alzate...»

«Yo oculté á Aguilar y Marocho el 19 de Agosto...» «Rafael calculó en mi compañía la situación del dinero de la Mesilla.»

Pero al cabo resultaba divertido aquello, pues el novelista parlante sabía dar tal interés á sus cuentos, que todo el mundo duraba pendiente de sus labios horas y horas. Poseía tal arte para reunir la verdad y la mentira, que al mismo tiempo que sabía referir prolijamente las cosas todas, podía introducir su personalidad haciéndola jugar papel principalísimo.

Así pasamos Ayotla, San Martín y otra infinidad de pueblecillos, vadeamos el puente sobre el Atoyac, miramos la vieja pirámide de Cholula, y entramos á Puebla á la oración de la noche, cuando se volvían locas todas las campanas de los templos y trataban de hacerse oír unas de preferencia á otras en aquella discorde algarabía, que más que á la paz del Angelus se parecía á la bulla de una entrada de obispo.

Esa noche dormimos en la casa de Diligencias, en un gran dormitorio en que las camas pintadas de verde estaban separadas entre sí por cortinas de indiana, y los cuartos metafísicos habilitados con un espejo de ojo entero, una silla y una mesa paticoja de madera blanca.

Antes de acostarme tuve ocasión de recorrer en compañía del señor Cienfuegos un dédalo de callejuelas oscuras y tristes que á menudo nos interrumpían el paso, como

centinelas apostados para resguardar sitios á que no debía penetrar la mirada profana, tapias de conventos, atrios de iglesias, bardas que dejaban salir ramas de árboles floridos, que se asomaban como reclusas espiando lo que acontecía por fuera.

De Puebla á Amozoc seguimos durmiendo la parte de sueño que nos había quitado la enorme madrugada; por eso no compramos las espuelas, cuchillos, frenos y bocados que nos vendían los industriosos habitantes del pueblo.

Más despabilados atravesamos Nopalucá y Chapam, bajamos la portentosa cuesta de San Miguel del Soldado, entramos á Jalapa y dormimos tranquila y dulcemente, soñando con las hermosas que habíamos topado en nuestro camino.

Al otro día, á las doce, salimos de la ciudad de las flores; á la oración estábamos en el Puente Nacional; á la media noche remudaba la diligencia en Vergara, y arrullados con el canto de las olas ya cercanas, dormimos tan ricamente en nuestros asientos. A las cinco de la mañana llegábamos á Veracruz.



CAPÍTULO V

Con la familia enferma

QRAS la noche toledana, el primer grito que se oyó fué el de mi estómago hambriento: «Desayuno», pidió con tristes voces, como el herido de muerte pide «confesión».

— ¿Desayuno? dijo mi hombre. Lo tendrá usted en seguida. Pues qué, ¿cree usted que estamos en México, donde á las siete ú ocho de la mañana apenas se van levantando legañosos y malhumorados los mozos del café? Aquí se hila más delgado; vamos á la fonda y verá que nada hace falta. Veracruz es una ciudad pequeña y México un pueblo grande.

Nos refocilamos, pues, modestamente, tomamos un cuartito en el Hotel Diligencias, y me salí á la calle para ver de arreglar el negocio principal que me llevaba.